



De Roma a la Edad Media

Filosofías de Roma

 Estoicismo

 Epicureísmo

 Neoplatonismo

El cristianismo

 Los primeros escritores cristianos

 Los padres de la Iglesia

 Los defensores de la Iglesia

 San Agustín

La Edad de las Tinieblas

 El Imperio de Oriente

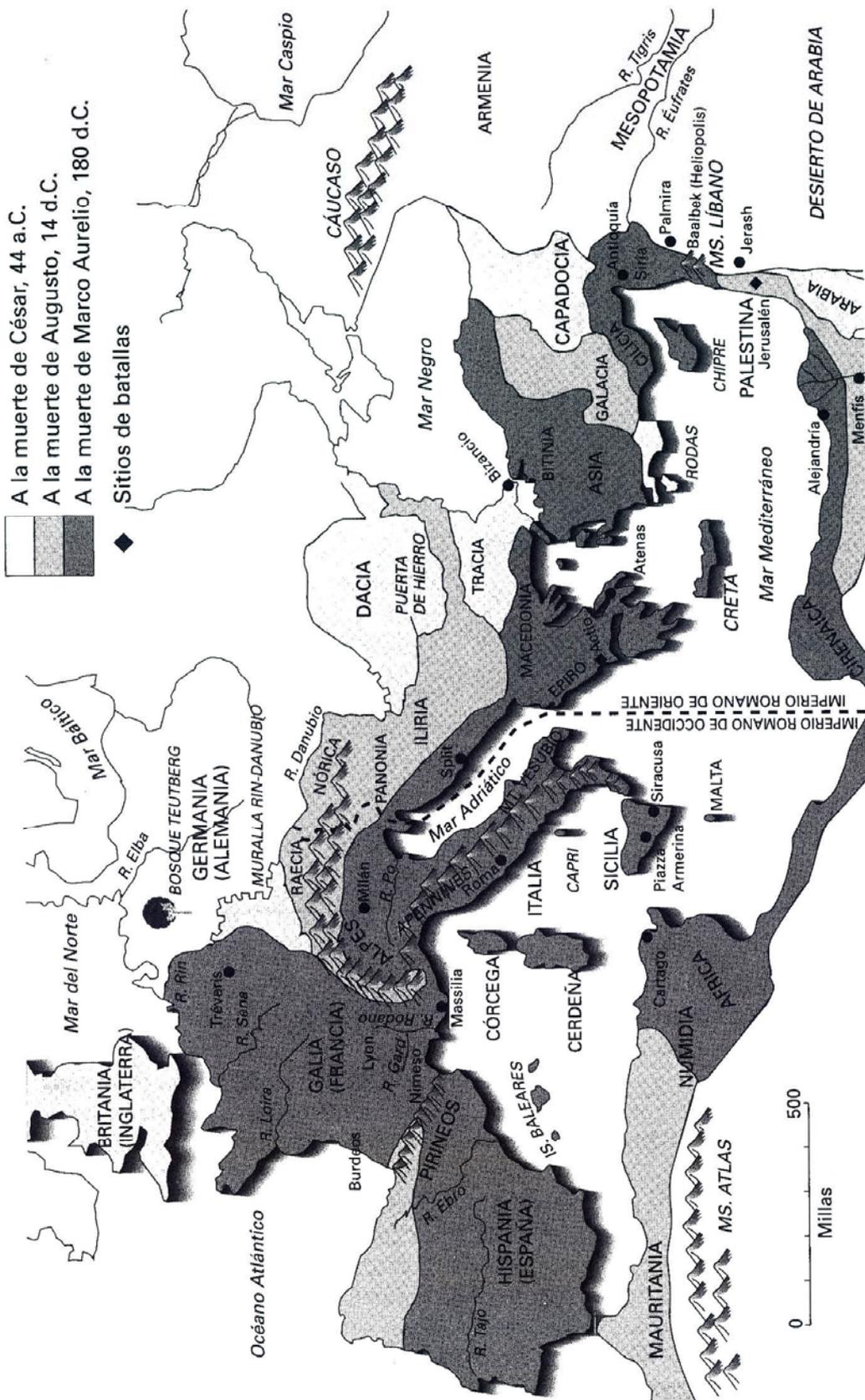
 La civilización islámica

 El Occidente feudal

Las Cruzadas

Resumen

Durante 500 años, Roma había sido una república con una constitución que situaba la autoridad en un senado compuesto por hombres sabios. Como tal, sobrevivió guerras y disensiones internas hasta la llegada de Julio César (100-44 a.C.). La república terminó con César, y él y sus sucesores instauraron el imperio, quizá la institución política más notable en la historia de la civilización occidental. En la cúspide de su influencia, el Imperio romano dominaba por completo Occidente, desde el Cercano Oriente hasta las islas inglesas. La civilización romana absorbió las influencias culturales de las antiguas sociedades de Mesopotamia, Egipto, Israel y Grecia. Más aún, los romanos asimilaron nuevos pueblos a la corriente principal de la civilización occidental. En Oriente, armenios y asirios quedaron sujetos a los romanos; en Occidente, éstos conquistaron vastas áreas del norte de África, España, Francia e Inglaterra (véase el mapa 3.1). En las fronteras del Imperio, la cultura romana convivía con tribus germánicas, eslavas, nórdicas y celtas. Desde los tiempos de Augusto (63 a.C.-14 d.C.) hasta el comienzo de las invasiones de bárbaros alrededor del año 400, el mundo del Mediterráneo gozó de una relativa paz y una administración ordenada: la *pax romana*. De hecho, la parte oriental del Imperio



MAPA 3.1 EL CRECIMIENTO DEL MUNDO ROMANO. Aquí aparecen los sitios de las batallas importantes, así como las principales provincias y ciudades para el comercio romano.

duró hasta 1453, cuando Constantinopla (la actual Estambul) cayó en manos de los turcos. Durante el periodo de su ascenso, los romanos pudieron establecer un gobierno eficaz. Gracias a un sistema legal y de administración pública, fueron capaces de desarrollar el comercio y difundir una lengua y una cultura comunes entre pueblos diversos.

Como administradores y constructores, los romanos no compartieron el amor a las ciencias naturales que formó la base de los sistemas filosóficos de sus antecesores griegos, sino que preferían la práctica y el uso antes que los estudios abstractos. Por ejemplo, no hicieron grandes avances en el estudio de las matemáticas puras, pero aplicaron relaciones numéricas a la arquitectura de los acueductos que erigían. Se servían del ábaco para los cálculos y la enseñanza de las matemáticas, y lograron un cómputo del tiempo que dio lugar al calendario juliano, que fue aceptado universalmente hasta las correcciones introducidas por el papa Gregorio XIII en 1582. Entre los romanos, la ciencia progresó al grado de beneficiarse de los avances tecnológicos. Durante toda la historia del Imperio romano, se establecieron centros de educación superior para instruir a los jóvenes y cumplir con el objetivo de mantener el gobierno y la administración de Roma. Estudiosos y escribas eran enviados a Alejandría, la ciudad que en Egipto fundara el conquistador griego y la sede del renacimiento de la cultura helenística en los tiempos romanos, para que copiaran los textos de filósofos y científicos antiguos. Aunque al final Julio César destruyó e incendió la gran biblioteca, en general los romanos admitían el valor del saber griego y trataron de preservarlo más que de eliminarlo.

La insistencia de los romanos en el lado práctico de la ciencia adelantó y extendió los anteriores progresos de los griegos. El filósofo Lucrecio (99-55 a.C.) propuso una teoría del orden natural que reconocía en la naturaleza una jerarquía de los organismos inferiores a los comparativamente sofisticados mamíferos y los seres humanos. El erudito y escritor Varrón (116-26 a.C.) elaboró la primera versión de una enciclopedia que dividía todo el conocimiento en nueve disciplinas de estudio: gramática, argumentación lógica (dialéctica), retórica, geometría, aritmética, astronomía, música, medicina y arquitectura. El historiador de origen griego Polibio (*circa* 204-122 a.C.) intentó una descripción sistemática de la geografía del mundo conocido. Una consecuencia del ejercicio de las ciencias aplicadas fue la tendencia a la especialización. El acento que los griegos pusieron en la unidad del conocimiento había producido filósofos universalistas. Por su parte, el aprecio de los romanos por los conocimientos técnicos y las aplicaciones detalladas requería de especialistas. Incluso los grandes centros de enseñanza y erudición de Alejandría estaban de acuerdo en que el conocimiento humano se deja examinar mejor separado en tres departamentos: ciencias, ética y religión.

Aunque los romanos hayan resaltado la especialización técnica a costa del saber universal, su notable logro de la *pax romana* contribuyó a la enorme difusión del conocimiento. Su sistema de gobierno ofrecía el vehículo para la rápida propagación de las ideas. La tranquilidad y la administración del régimen de Roma permitió la circulación de las nociones fundamentales de la filosofía griega por todo el Imperio. En los escritos de autores como Cicerón (106-43 a.C.), Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.) y el poeta Virgilio (70-19 a.C.), la literatura latina floreció y adaptó con éxito la herencia griega para una audiencia mayor. Además, el Imperio puso el escenario para la aparición de nuevas

instituciones; la más notable, el cristianismo. Antes de considerar el impacto del cristianismo antiguo en la formulación del pensamiento psicológico, conviene examinar brevemente algunos de las aportaciones a la filosofía que los romanos dieron como extensiones al concepto griego de alma.

FILOSOFÍAS DE ROMA

En Roma, el estoicismo y el epicureísmo contribuyeron al desarrollo de la psicología de una manera que iguala la suerte de las ciencias naturales. Ambas doctrinas tuvieron un alcance limitado y se expresaron sobre todo en las prácticas religiosas romanas. No continuaron los esfuerzos de los griegos por diseñar un sistema general del conocimiento humano en el que la función de la psicología fuese central, sino que más bien se especializaron y limitaron a las actitudes generales ante la vida. Por su parte, las implicaciones psicológicas de estas posturas se reducían a lineamientos de conducta y a los valores morales. Del mismo modo, el renacimiento de las doctrinas platónicas, el llamado neoplatonismo, gozó de una mayor influencia en las esferas intelectuales de Roma, mientras que el cristianismo se estaba expandiendo hasta incluir a muchos seguidores en el Imperio.

Estoicismo

El periodo estoico en Roma (aproximadamente entre el 500 y el 200 a.C.) se caracterizó por un sistema de creencias contenidas en la antigua religión romana, que tanto influyó en los valores sociales y morales de los romanos. Los estoicos derivaron sus opiniones del filósofo griego Zenón (*circa* 336-264 a.C.), quien creía en dos clases básicas de materia, la pasiva y la activa; es decir, materia en la que se actúa y materia agente. La capacidad del alma humana para actuar mediante las potencias intelectuales lleva a la conclusión de que la razón está vinculada íntimamente con el universo material. Explicaba la libertad del hombre como la mera capacidad de cooperar con la causalidad del universo. Esta idea de la libertad tiene la clave de la postura de los estoicos. Es el cosmos el que determina la vida. El destino, producto de las leyes de la naturaleza o el capricho de los dioses, era la tesis fundamental del estoicismo. Los romanos establecieron una elaborada religión para aceptar y cooperar con el destino. Así, al apartarse de la noción aristotélica de alma, los estoicos cambiaron el acento del determinismo interior al determinismo universal regido por las fuerzas del destino. Desde este punto de vista, los humanos eran vistos de nuevo como parte del orden natural.

El estoicismo condujo a la resignación del individuo a los dictados del destino. En la práctica, esta actitud propugnaba la abdicación de la responsabilidad personal y la renuncia a la iniciativa. Si bien los matices pesimistas del estoicismo impidieron que la conducta degenerara en frivolidad, como filosofía aceptaba la noción de que el individuo es un organismo pasivo, no activo. El tema que compara las premisas activa y pasiva en cuanto a la esencia de la vida humana se repite constantemente a lo largo del

desarrollo de la psicología. La solución de los estoicos deja al hombre como parte de la naturaleza y sujeto al gobierno de los determinantes del entorno.

Epicureísmo

Una corriente algo posterior (aproximadamente entre el año 50 a.C. y el 100 d.C.) fue la filosofía de los epicúreos. En agudo contraste con el conservadurismo de los estoicos, los seguidores romanos del griego Epicúreo (*circa* 342-270 a.C.) sostenían el único principio de que el fin de la vida es la felicidad. Esta postura se manifestaba en los festivales y los juegos de la Roma imperial así como en la religión que acabó por declarar la deificación de los emperadores. Los epicúreos negaban el alma espiritual e inmaterial de los estoicos y postulaban en cambio que es una parte material del cuerpo. El alma tiene sensación y anticipación —funciones de conocimiento— y la función activa de la pasión, pero opera gracias a los mecanismos fisiológicos del organismo. Los sentidos tenían una importancia crucial en la psicología de los epicúreos, puesto que los procesos de pensamiento se originan de átomos del medio que inciden en los átomos del alma. Los conceptos de razón y libertad, aunque aceptados, existen sólo como manifestaciones individuales desligadas de cualquier principio universal metafísico. El impulso de los actos de los hombres es el hedonismo, es decir, la búsqueda del placer y la evitación del dolor. Así, podemos ver algunas similitudes entre los epicúreos y los sofistas griegos. Aquéllos reducían el concepto de alma a la prevalencia de las sensaciones. Más aún, esta explicación circunspecta de la vida afirmaba la opinión de que los mecanismos de las funciones orgánicas son el meollo para entender la vida. Las implicaciones sociales y morales de esta postura son una dirección más bien mundana y egoísta del comportamiento individual.

Tanto el estoicismo como el epicureísmo mantuvieron su influjo aun después de que alcanzaran su cúspide. De hecho, puesto que la teología cristiana abrevó de los sistemas filosóficos griegos y romanos, se conservaron reminiscencias suyas durante los primeros siglos de la fe y la doctrina del cristianismo.

Neoplatonismo

El último gran filósofo pagano, Plotino (*circa* 203-270), era de origen egipcio pero pasó la mayor parte de su vida en Roma, donde hizo revivir el interés en los filósofos clásicos griegos, especialmente Platón. Plotino argumentaba que la materia existe sólo como la potencia indeterminada de adquirir una forma. Toda forma que asume la materia es posible por la energía y la dirección del alma. La misma naturaleza es la energía total y el alma universal, expresada en las variadas formas de la vida. Asimismo, cada forma de vida posee un alma que determina la dirección del crecimiento. En los seres humanos, el principio vital del alma moldea el progreso del individuo rumbo a la madurez. El alma provee nuestro conocimiento del entorno por medio de la generación de ideas, que se derivan de las sensaciones, las percepciones y los pensamientos. Las propias ideas trascienden la materia y originan la experiencia exclusivamente humana de la comunicación con el alma universal de la naturaleza. La razón es nuestra capacidad

de usar las ideas. Es la forma superior de vida, que en última instancia permite al individuo ser consciente de la dirección creativa del alma.

Plotino decía que el cuerpo es tanto el medio como la prisión del alma. Ésta es capaz de la mayor forma de actividad, la razón, que depende de la información de los sentidos pero los trasciende con el uso creativo de las ideas. Dios es unidad universal, razón y alma. El alma humana desea buscarlo, pero esta atracción es la única certeza que tenemos acerca de Dios. Así, la vida es un proceso por el que el alma trata de prevalecer sobre el cuerpo con el rechazo del mundo material y la búsqueda de la verdad universal en la naturaleza y Dios.

La importancia del neoplatonismo radica en el recibimiento que le brindó el cristianismo. La filosofía griega ingresó al cristianismo en su forma neoplatónica, de modo que las doctrinas de Platón acerca del cuerpo y el alma fueron cristianizadas y dominaron las primeras nociones psicológicas cristianas. A su vez, el cristianismo dominó en Europa occidental a la caída del orden romano.

EL CRISTIANISMO

La vida de Jesús, como la interpretaron sus seguidores, ha ofrecido un ejemplo y una invitación que han alterado radicalmente la vida humana. Aparte del significado religioso de su afirmación de que era el mesías, que profetizaban las tradiciones judías, la historia de Jesús ha tenido un impacto enorme en la creciente importancia del alma en el desarrollo de la psicología. En particular, su nacimiento y su vida en la pobreza y sus prédicas para evitar los bienes mundanos ponían el acento en lo espiritual. Además, su promesa de amor y salvación llenaron a la gente ordinaria con la esperanza de liberarse de los problemas terrenos: soledad, pobreza, hambre. Su muerte y su resurrección trastornaron el orden natural del universo, lo que reforzó la importancia de la vida espiritual. La historia de Jesús ofreció un mensaje de atractivo universal, y la tranquilidad política de la *pax romana* le dio la oportunidad de alcanzar a millones de personas en el Imperio.

Es difícil distinguir las enseñanzas de Jesús de las interpretaciones de sus discípulos, que trataron de extender el mensaje de aquél más allá del contexto judío. Sin embargo, al igual que su inmediato antecesor, Juan el Bautista, Jesús predicaba una renovación del compromiso religioso. Más aún, se declaraba el cumplimiento de las profecías judaicas acerca del mesías. Algunos de los que lo escuchaban pensaban que el mesías debería ofrecer a la fe judía una liberación política de la ocupación romana; pero Jesús aclaró que no se oponía a Roma ni a ninguna otra autoridad secular, sino que su reino era el de la vida espiritual de paz y amor en Dios. En tanto que sus enseñanzas eran congruentes con la tradición judía, también participaban del dualismo griego de alma y cuerpo. En efecto, el mensaje de Jesús sustenta una opinión dualista al resaltar el valor y la dignidad esenciales de la existencia espiritual e inmaterial del alma. Más aún, Jesús predicaba que los seres humanos son distintos del resto de la naturaleza puesto que Dios los ha favorecido con la posibilidad de la inmortalidad y la salvación.

Los apóstoles y sus inmediatos seguidores aprovecharon la red de comunicaciones de Roma. Si la doctrina cristiana iba a ser más que un culto judío, sería necesario

apelar a otras tradiciones culturales aparte de la estructura de la Torá. Tal movimiento era especialmente urgente a la luz de la pérdida del fundamento judío del cristianismo luego de que el general romano Tito destruyera Jerusalén en el año 70 y los judíos se dispersaran desde Palestina. En consecuencia, durante los primeros siglos de la era cristiana los misioneros transitaban clandestinamente por el Imperio y el centro del pensamiento cristiano se desplazó a Roma, aunque había líderes importantes en otras partes, sobre todo en Antioquía y Alejandría.

Los primeros escritores cristianos

San Pablo (*circa* 10-64), el ferviente misionero del mundo gentil, puede ser llamado el primer teólogo cristiano. Como joven judío en su nativa Tarso, se le prohibió el estudio de los clásicos grecolatinos, pero asimiló el suficiente griego como para comunicarse en esa lengua. Además, su contacto con los griegos y los romanos de la época, así como su ciudadanía romana, le dieron las bases para sus actividades misioneras. Hay en definitiva una influencia estoica en sus escritos sobre la moral estricta de la sociedad cristiana. San Pablo abogaba por la separación de la nueva religión del judaísmo, y luchó con éxito contra la práctica obligada de la circuncisión, una exigencia básica e inexcusable entre los judíos. Pero lo más importante es que su doctrina identificaba el mensaje de Jesús con la cultura que se encontraba en la filosofía griega. Como los estoicos y los neoplatónicos, san Pablo consideraba al cuerpo como malo e inadecuado, y predicaba acerca de la sabiduría espiritual y la perfección adquirida por medio de Jesús. Decía que éste era más que el mesías que profetizaban los judíos; que era Dios, venido al mundo a redimir a la gente, condenada por el pecado original. Como tal, Jesús es el salvador universal. Al sacrificarse, permitió que la gente participara en la gloria de la sabiduría y el conocimiento perfectos. Así, san Pablo transformó radicalmente el cristianismo primitivo al predicar el mensaje de esperanza de Jesús en una forma que pudieran entender las vastas mayorías del Imperio romano.

Fue en el centro de florecimiento intelectual de Alejandría donde se establecieron firmemente las relaciones entre el cristianismo y la filosofía griega. Dos eruditos cristianos, Clemente (*circa* 150-220) y Orígenes (185-254), reconciliaron las fuentes hebreas del cristianismo con el paganismo griego. El prolífico Orígenes dirigió una traducción griega del Antiguo Testamento y realizó comentarios e interpretaciones adecuadas al entendimiento griego. El resultado neto de sus esfuerzos fue la afirmación de que el Dios de los hebreos es la primera causa o principio de la vida. La doctrina judaica monoteísta y el politeísmo de la tradición griega fueron resueltos en el concepto de la Trinidad. Con la distinción aristotélica entre esencia y existencia, percibía a Dios como esencia pura capaz de tres manifestaciones de existencia: el Padre creador, el Hijo redentor y el Espíritu Santo que da el conocimiento. Así, la Trinidad se adapta con facilidad al dogma fundamental del cristianismo: que Dios envió a su Hijo como la encarnación de la razón suprema para ordenar y salvar al mundo. Del mismo modo, la noción del individuo fue cristianizada en un contexto básicamente dualista. Cada cual está compuesto de una esencia, el alma, que asume una existencia por medio del cuerpo. El alma inmortal pasa por varios estadios hasta su vinculación al cuerpo, y después de la muer-

te, sigue avanzando en etapas hasta que al final se une a la perfecta sabiduría de Dios. Toda la vida y la secuencia de desarrollo del alma ocurre según el gran designio de Dios. Así, los maestros alejandrinos pudieron dar al cristianismo un fundamento griego que incorporó las influencias de Platón y Aristóteles y al que añadieron el determinismo de los estoicos.

Los primeros teólogos pusieron las bases para el enorme atractivo del cristianismo, pero aún tenía que enfrentar las presiones negativas tanto internas como externas. En el interior, las disensiones entre los cristianos se difundieron en una gran variedad de herejías. Quizá la desviación más importante de la ortodoxia cristiana fuera la de los gnósticos, cuyos escritos místicos cuestionaban las creencias básicas en la resurrección y la divinidad de Jesús. Algunas de las disputas fueron solucionadas por los primeros concilios de la Iglesia, y gradualmente cobró forma la doctrina. En cuanto al exterior, los cristianos padecieron oleadas de persecución que no terminaron hasta que el emperador Constantino publicó en el año 313 el Edicto de Milán que garantizó la tolerancia religiosa en todo el Imperio.

El último problema que enfrentó el cristianismo primitivo tuvo que ver con los temas relacionados de la desintegración paulatina del Imperio de Occidente y la autoridad dentro de la Iglesia. Ambos tópicos abrieron el camino para la aparición de la supremacía papal, que tuvo implicaciones poderosas para el clima intelectual de Europa en los siglos siguientes. La Iglesia primitiva había reconocido al obispo de Roma como el primero entre pares con respecto a los demás obispos. En Roma, el cristianismo adoptó muchas formas de veneración pagana en términos de rituales y atuendos litúrgicos. De hecho, el obispo de Roma adoptó el título de *pontifex maximus* que empleaba el sumo sacerdote pagano. Con la debilidad de una serie de emperadores y el desplazamiento a Oriente del centro del Imperio, el pueblo de Roma comenzó a pedir a su obispo que asumiera las responsabilidades del gobierno civil. La evolución de la autoridad papal fue paulatina y no llegó a su cumbre dentro de la Iglesia hasta el cisma de Oriente y Occidente en 1054. Sin embargo, la centralización de la autoridad y su identificación con el papa tuvo un efecto enorme, como veremos después.

Los padres de la Iglesia

Con el cese del estado de persecución de los cristianos ordenado por el Edicto de Milán y el deterioro posterior de la autoridad civil en el Imperio de Occidente, la sociedad occidental comenzó a reestructurar sus valores según los lineamientos del cristianismo. Apareció una teología popular que contenía muchos de los ritos de los cultos anteriores. El uso de incienso, velas y procesiones así como la veneración de santos se adaptaron a la liturgia cristiana y sirvieron a una necesidad que entendía la masa del pueblo. Cuando las ciudades declinaron y la sociedad adquirió un carácter cada vez más agrario, el año litúrgico se adecuó al ciclo agrícola. La política oficial de la Iglesia toleraba algunos excesos que dieron lugar a una práctica elemental del cristianismo, puesto que usos y ritos reforzaban sus enseñanzas morales. En otras palabras, la Iglesia se convirtió en una fuente de orden y organización para el comportamiento tanto del individuo como de la sociedad. En el vacío que dejó la caída del gobierno civil, la Iglesia asumió el

puesto de la única institución de la estructura social, pero presidía una sociedad en decadencia con un nivel intelectual desgastado. Así, las costumbres y la tradición de la práctica del cristianismo sirvieron para preservar cierta apariencia de orden moral en el pueblo.

Defensores de la iglesia. Un grupo de clérigos de los siglos IV y V dieron al cristianismo las fórmulas básicas que prevalecen hasta hoy. San Jerónimo (340-420) castigó al pueblo y la clerecía de Roma por su frivolidad y entonces se retiró al desierto de Palestina a vivir una existencia magra escribiendo cartas terribles a otros padres de la Iglesia. Aprovechó su educación clásica en la tarea monumental de traducir la Biblia al latín, el idioma universal. San Ambrosio (340-397), obispo de Milán, defendió la doctrina básica de la Iglesia y fue un modelo de caridad para los pobres. San Antonio (*circa* 251-356), en Egipto, y san Basilio (330-379), en Palestina, fundaron el movimiento monástico en el Imperio de Oriente, que resaltaba el valor de la soledad eremítica para alcanzar la perfección humana. Cuando el monacato se difundió por el poniente del Imperio, fue adquiriendo una organización comunitaria y se convirtió en una institución importante para preservar el aprendizaje en la Europa feudal.

Las enseñanzas de los eruditos de la Iglesia se integraron con las fuentes bíblicas mediante la realización de una serie de concilios que fijaron los dogmas cristianos. El primer Concilio de Nicea (325) produjo un credo común que aceptaron todos los cristianos y cuyas desviaciones serían consideradas heréticas. Los obispos fueron los encargados de asegurar que las prácticas religiosas fueran acordes con las doctrinas definidas, y el obispo de Roma fue ganando presencia sobre los demás. El emperador Valentiniano III publicó un edicto que declaraba que el papa León I (*circa* 400-461) y sus sucesores, como obispos de Roma, tenían autoridad sobre todas las iglesias cristianas. Aunque protestaron los obispos de Constantinopla, Alejandría, Jerusalén y Antioquía, el papado fue ganando cada vez más reconocimiento como la fuente primaria de autoridad en la sociedad cristiana.

San Agustín. Las obras de san Agustín son cruciales para la historia de la psicología por su relación con el platonismo. Después de recibir una buena educación en la filosofía griega clásica, pasó del norte de África, donde nació, a Italia, y aceptó varios puestos de maestro. Llevó una existencia más bien epicúrea, como se refleja en la súplica que le atribuyen: “Señor, hazme puro, pero no ahora”. Mientras se encontraba en Milán, se interesó en el neoplatonismo y en los escritos de Plotino. Finalmente, a los 33 años de edad, experimentó una revelación de Cristo y fue bautizado por san Ambrosio. Regresó al norte de África, fundó un grupo monástico y vivió en la pobreza. En el año 396 fue elegido obispo de la ciudad de Hipona y permaneció ahí predicando y escribiendo durante 34 años, hasta su muerte.

Dos de las obras de san Agustín son importantes para la evolución histórica de la psicología. Sus *Confesiones*, escritas alrededor del 400, son tal vez la autobiografía más famosa de la literatura. Con una fina introspección y un dominio del detalle, describe cómo una persona encontró la paz en la fe en Dios y resolvió el conflicto entre pasión y razón. Para san Agustín, el alma es el receptor de la divina sabiduría y comparte la gloria de Dios. Con ella podemos adquirir una clase de conocimiento que escapa a

los sentidos corporales. Además, este sentido interior del alma nos permite un grado de conciencia que trasciende —y explica completamente— la realidad material. Así, san Agustín restó importancia a la racionalidad de la mente, que depende de la poco confiable información de los sentidos. A cambio, propuso una imagen más psicológica de la mente, en tanto que como conciencia, como el yo del individuo, dotada de la gracia de la divina sabiduría, determina la dirección de la actividad. De acuerdo con san Agustín, sólo eliminando las impresiones erróneas del conocimiento sensorial podemos llegar a este nivel de conciencia.

Escribió la *Ciudad de Dios* por partes, entre el año 413 y el 426, en respuesta a los lamentos por el saqueo de Roma de las hordas bárbaras de Alarico. En concreto, muchos argumentaban que este acontecimiento traumático era culpa del cristianismo, que había minado las glorias y el poder de Roma. San Agustín replicó afirmando que Roma cayó ante la invasión por la propia decadencia de la sociedad pagana, anterior a Cristo. Tomando la noción platónica de una república ideal y las doctrinas cristianas del bien y el mal, san Agustín aseguró que la humanidad podía dividirse en dos sociedades, o ciudades. La ciudad terrenal está dedicada a la mundanalidad, dominada por los males del materialismo. La ciudad de Dios es imperecedera, y para nosotros se identifica con la Iglesia. Es una ciudad espiritual que encarna la bondad. Durante la historia, la gente puede vacilar entre una y otra, y sólo a la hora del juicio final se decidirá la pertenencia a cada una al separar a los condenados por el mal y el pecado al infierno de los que ganarán la felicidad y la perfección en Dios.

Para nuestros propósitos de estudio de la historia de la psicología, hay que recordar a san Agustín por dos grandes realizaciones. Primero, él culminó la “cristianización” de la filosofía griega al afirmar la relación platónica entre cuerpo y alma. Al relegar la información de los sentidos a un nivel primitivo y postular una conciencia trascendental, el santo postuló el ideal de la mente que reflexiona en ella misma como la clave esencial de la belleza y el amor en Dios. Esta postura dominó el pensamiento cristiano hasta el final de la Edad Media, de modo que todas las empresas intelectuales que examinaron la vida —incluyendo la psicología— se dieron en un contexto platónico. Segundo, estableció una justificación para una relación especial entre Iglesia y Estado. San Agustín relacionó la Iglesia con la ciudad de Dios. El gobierno mundano siempre será imperfecto e inferior al dominio de la Iglesia. San Agustín tuvo más influencia en Occidente que en Oriente. Como el Imperio de Oriente era más fuerte, la Iglesia estaba subordinada al Estado. Pero en Occidente, con el deterioro del gobierno civil en Roma, los argumentos de san Agustín justificaron que la Iglesia llenara el vacío de la conducción civil así como espiritual.

LA EDAD DE LAS TINIEBLAS

Una serie de amenazas de bárbaros culminaron con el saqueo de Roma en el año 410, con lo que la ciudad cayó en manos del enemigo por primera vez en 800 años. Desde entonces y hasta el 476, cuando se detuvo la sucesión de emperadores no romanos y terminó el Imperio de Occidente, repetidas invasiones cobraron sus víctimas. De

1 500 000 habitantes, Roma fue reducida a 300 000. Las nuevas tribus se asentaron en varias partes del Imperio: los germanos pasaron a Italia, los visigodos a España, los francos expandieron la Galia a toda Francia y los anglos y los sajones se apoderaron de Inglaterra (véase el mapa 3.2). Estas tribus no pudieron sostener el sistema de centros comerciales en las grandes ciudades que se administraba desde Roma; en consecuencia, la Europa occidental se volvió rural. La fuerza de las leyes romanas declinó y fue remplazada por la violencia y la agresión.

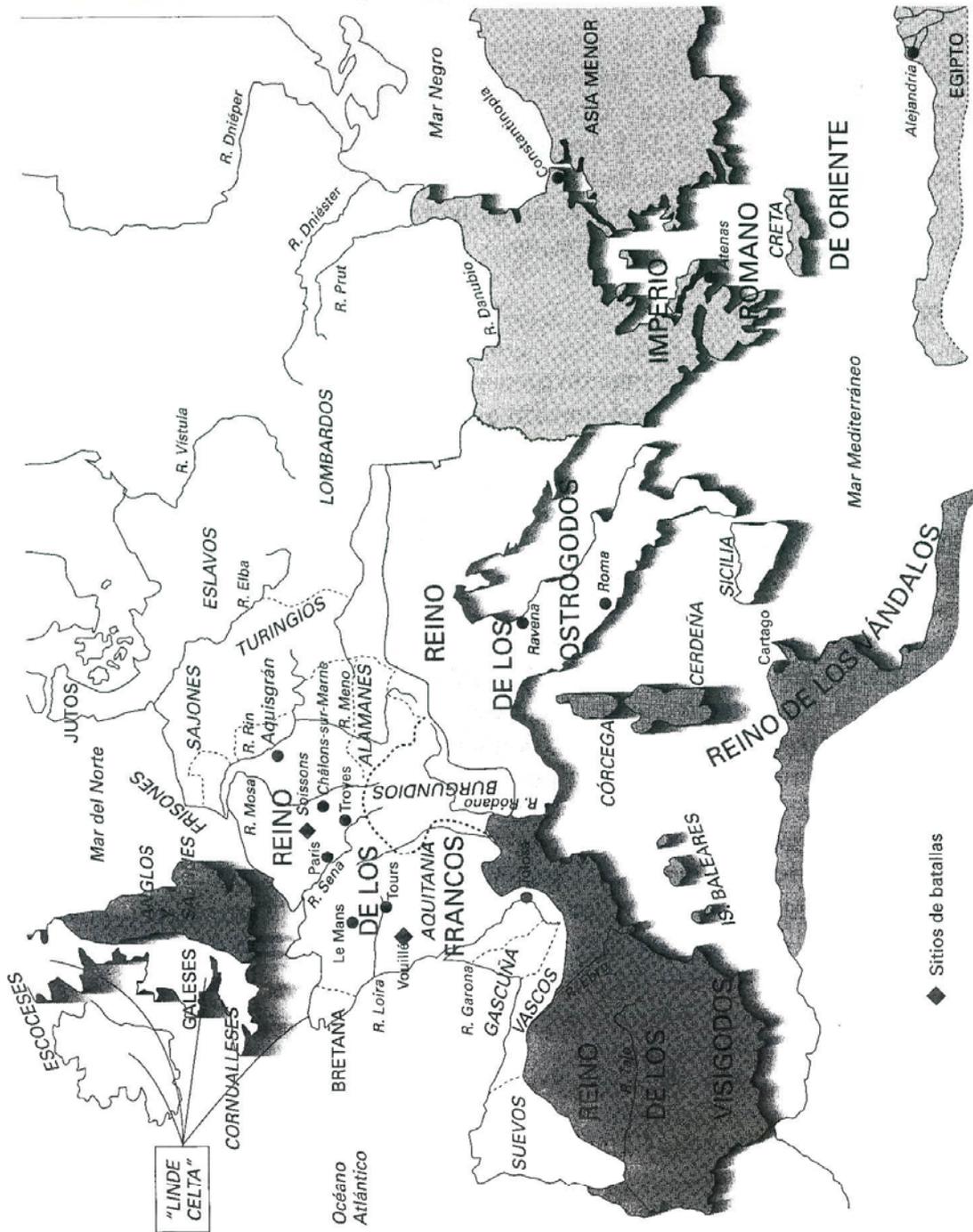
El Imperio de Oriente

La sede del gobierno civil del Imperio romano se trasladó a la ciudad de Constantinopla y surgió con su propia cultura el Imperio bizantino, mientras la civilización en Occidente se degradaba. Dirigido por el emperador Justiniano (483-565), el Imperio de Oriente floreció. Un nuevo código legal, que lleva el nombre del emperador, diferenció con claridad la cultura y la sociedad de Oriente de la situación caótica de Occidente. Grandes universidades se convirtieron en centros de excelencia en Constantinopla, Alejandría, Atenas y Antioquía, especializados, respectivamente, en literatura, medicina, filosofía y retórica.

Pronto, el Imperio bizantino adquirió un carácter propio. El latín cedió el paso al griego, y el cristianismo adoptó un sabor griego tanto en la ceremonia como en la teología. El contacto con Occidente se hizo difícil por el caos social en Europa y la creciente amenaza de tribus islámicas desde el sur. El Imperio comenzó a declinar, quedó aislado y se volvió corrupto. Sin embargo, los bizantinos respaldaron un sistema de colonias en los Balcanes y en lo que hoy es Ucrania, introdujeron el alfabeto griego, la cultura y la religión. En el año 989, Vladimir (972-1015), gran duque de Kiev, se convirtió al cristianismo y expuso las naciones ucraniana y rusa a la influencia de la cultura bizantina. Luego de que el Imperio bizantino desapareció con la caída de Constantinopla en manos de los Turcos en 1453, Rusia, entonces llamada Ducado de Moscú, se transformó en el último reducto de la cultura bizantina.

La civilización islámica

El nacimiento de Mahoma (570-632) en la región pobre y desértica de Arabia señaló uno de los más extraordinarios fenómenos de la época medieval. En el lapso de un siglo, sus seguidores habían conquistado la mayor parte de los territorios bizantinos en Asia y todos los de Persia, Egipto y el norte de África, y se preparaban para invadir España. En el año 610, Mahoma tuvo su primera visión del ángel Gabriel, quien le informó que había sido elegido como mensajero de Dios, o Alá, y comenzó a revelarle los textos sagrados que al final formaron el libro sacro del Islam, el Corán. Mahoma ganó ávidos seguidores entre las tribus nómadas de Arabia, y pronto conquistó las ciudades sagradas de La Meca y Medina. Al momento de su muerte, había fijado las doctrinas esenciales del islamismo, y sus sucesores convirtieron el Estado teocrático en un imperio expansionista.



MAPA 3.2 EL OCCIDENTE FRAGMENTADO Y EL IMPERIO DE ORIENTE O BIZANTINO (circa 500 d.C.). Al poniente, se muestran los reinos de los anglos y sajones, los francos, los visigodos, los suevos, los vándalos, los ostrogodos y los burgundios. Además, se indican los asentamientos menos organizados de los celtas, los frisios, los jutos, los turingios, los lombardos y los eslavos. Al este, el área regida por el emperador desde Constantinopla es la más sombreada, y figuran las principales ciudades del Imperio bizantino.

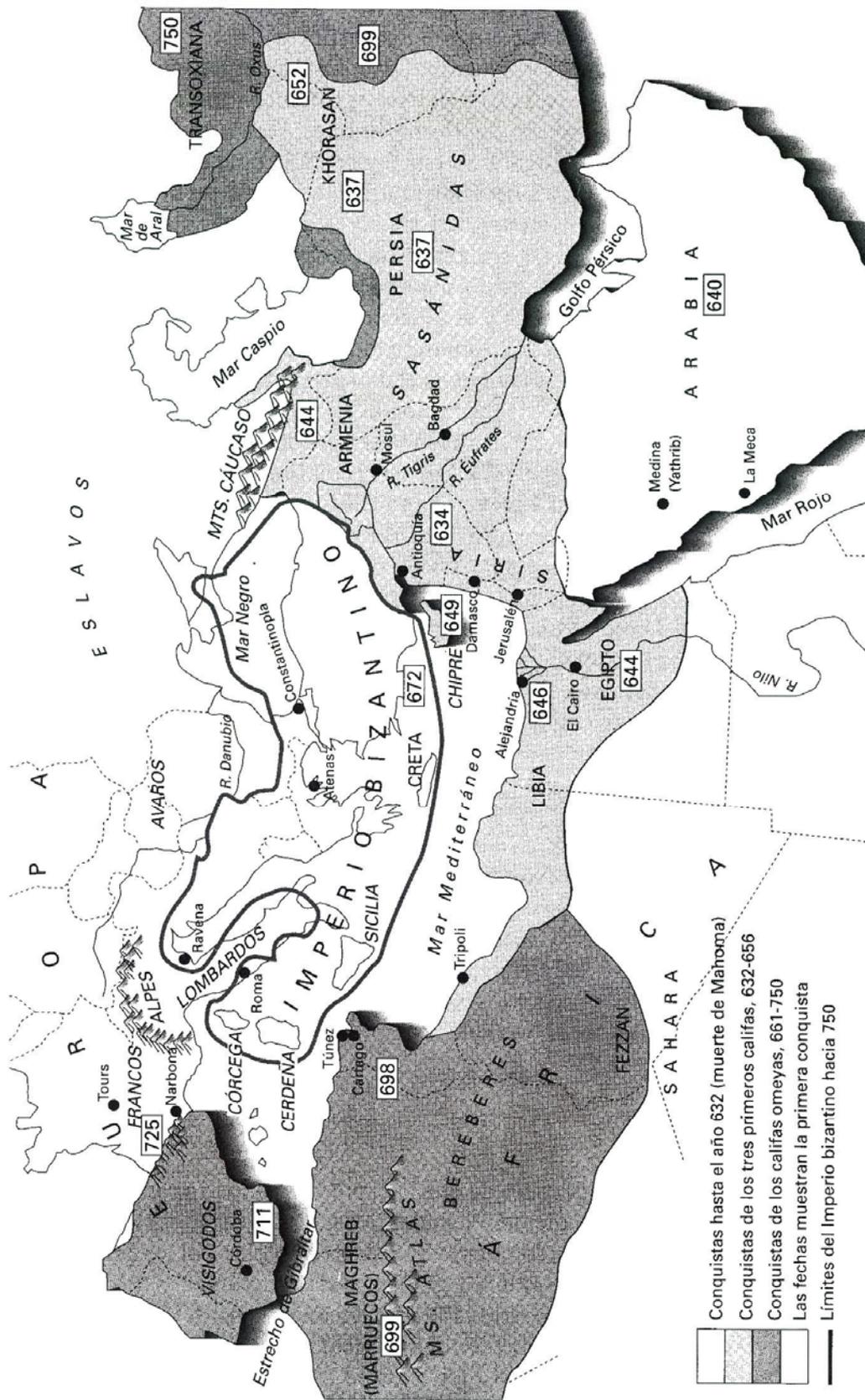
Cuando los invasores musulmanes ocuparon los territorios cristianos que una vez estuvieron bajo el gobierno del Imperio bizantino, encontraron el legado cultural del saber griego en la filosofía y la ciencia. Los intelectuales islámicos apreciaron la cultura griega y la aprovecharon libremente en sus formulaciones. Pero más importante fue que preservaron los escritos de los antiguos en una época en la que, en Occidente, las hordas bárbaras estaban destruyendo las obras de erudición. Durante el dominio de los califas abasidas (750-1258), centrado en Bagdad, las obras de los más clásicos autores griegos, así como los comentaristas más recientes, fueron traducidos al sirio. Los sabios islámicos también estudiaron los tratados matemáticos de los griegos, y contribuyeron a su vez al desarrollo de la aritmética y el álgebra. En todo el mundo islámico se establecieron hospitales, el más famoso en Damasco; todos establecieron las bases para la instrucción de médicos. Los médicos islámicos elaboraron procedimientos quirúrgicos y de anestesia y publicaron libros de farmacología.

Uno de los estudiosos islámicos del medievo más famosos en Occidente fue Abu ibn Sina, conocido como Avicena (980-1037). Fue un renombrado médico que publicó una sinopsis de los tratamientos en su *Canon*. Como filósofo, Avicena estaba muy familiarizado con las obras de Aristóteles. Su filosofía se adelantó casi dos siglos al renacimiento en Occidente del interés por Aristóteles, que hoy llamamos escolasticismo. Básicamente, Avicena aceptaba la metafísica y la psicología de Aristóteles y trató de reconciliarlas con la fe islámica. Veía la esencia del alma humana como la extensión de la esencia de Dios y creía que, mediante las potencias racionales del alma, podemos compartir su conocimiento perfecto. Se ocupó con algún detalle de la adquisición de conocimientos por los sentidos y concluyó que el dualismo característico de mente y cuerpo de los seres humanos es muestra de la relación entre el conocimiento sensorial y el racional. Su síntesis del pensamiento aristotélico y la fe musulmana fue un notable tributo al saber islámico.

El islamismo como movimiento religioso agresivo amenazaba la existencia de la cristiandad. Sus éxitos en el este del Mediterráneo prácticamente borraron al cristianismo del área (véase mapa 3.3), y la posibilidad de que ejércitos islámicos recorrieran Europa no se acabó por completo sino hasta el siglo XVII. Sin embargo, en un esfuerzo por impedir la destrucción de la vida intelectual, los eruditos de la Iglesia de Occidente de los últimos siglos fueron ayudados por los estudiosos islámicos que mantuvieron las bibliotecas de su vasto imperio, de modo que los autores clásicos de la Antigüedad pudieron retornar a Europa.

El Occidente feudal

La situación en Europa occidental después de que la capital del Imperio romano pasara a Constantinopla se deterioró rápidamente. Plagadas por guerras, hambres y desastres, las estructuras sociales retrocedieron, lo mismo que el nivel intelectual en general, de modo que incluso las clases elitistas eran en gran medida ignorantes y analfabetas. Como al final los invasores fueron convertidos al cristianismo, la institución de la Iglesia sobrevivió a la devastación. Como único establecimiento internacional en Occidente, trató de preservar alguna apariencia de orden y cultura.



MAPA 3.3 EXTENSIÓN DE LAS CONQUISTAS MUSULMANAS DESDE LA ÉPOCA DE MAHOMA (632) HASTA LOS CALIFAS OMEYAS DE BAGDAD (750).

La organización eclesiástica que más asumió la responsabilidad de conservar los restos de la vida intelectual de Europa fue el monacato. El fundador del monaquismo en Occidente fue san Benito (480-543), quien en el año 529 fundó en Monte Casino (en el centro de Italia) el mayor monasterio medieval.

A diferencia del monacato oriental, que subrayaba la existencia solitaria del eremita, san Benito definió al monasterio como un grupo de hombres que vive en la pobreza, la castidad y la obediencia absolutas. La famosa regla de san Benito regía la vida monástica de Europa, y aún hoy siguen sus variantes las órdenes contemplativas de monjes y monjas. Por toda Europa y el norte de África se difundió una serie de monasterios compuestos por clérigos que hacían vida comunal según las normas de san Benito. De hecho, fueron los monjes de la lejana pero tranquila Irlanda los que evitaron la destrucción total de la literatura latina tan habitual en el continente. Los monasterios, aunque no se distinguían como centros intelectuales, sí aminoraron la erosión de la vida intelectual y salvaron el arte, la literatura y la filosofía de la desaparición completa.

Durante la Edad Media, el papado ganó un enorme poder. El papa Gregorio Magno (540-604) fue elegido obispo de Roma en el año 590, cuando la ciudad era diezmada por una peste bubónica que había causado la muerte a su predecesor. Se embarcó en un movimiento de reforma que intensificó la disciplina del clero y los monasterios y mejoró el gobierno civil de la ciudad. Como resultado, se originó una tendencia a la centralización de la Iglesia occidental, lo que condujo a normar las prácticas eclesiásticas y fortaleció la autoridad del papado. En el año 756, esta autoridad se consolidó todavía más cuando el rey franco Pipino donó al papa las tierras del centro de Italia. Estos estados pontificios convirtieron a los papas en gobernantes temporales (y así continuaron hasta 1870). Finalmente, en el año 800 el papa León III coronó a otro rey franco, Carlomagno, como emperador del Sacro Imperio Romano, una confederación poco cohesionada de principados cristianos. Con ello empezó la tradición de conferir legitimidad a la autoridad de los reyes cristianos.

El papado tuvo tiempos buenos y malos durante toda la Edad Media, que consistieron en ciclos de abusos y reformas. No obstante, la autoridad espiritual y temporal de los papas aumentó constantemente. Cumpliendo la profecía de san Agustín en la *Ciudad de Dios*, podían otorgar o retirar la legitimidad a las instituciones sociales. Confirmaban a los emperadores y monarcas locales, participaban en el nombramiento de obispos, regulaban los monasterios y decidían sobre lo que debía creer el pueblo. También otros miembros de la jerarquía alcanzaban algún poder, pero en última instancia la autoridad final y absoluta descansaba en el obispo de Roma.

Un resultado del aumento del poder papal fue el cisma entre las formas occidental y oriental de la cristiandad. Aumentaron el encono las disputas teológicas que procedían de las diferencias entre las versiones latina y griega de las escrituras y los documentos conciliares, aunadas a la rivalidad política por los ámbitos de influencia de Roma y Constantinopla. Al fin, en el año 1054, el patriarca de Constantinopla y el papa se excomulgaron mutuamente y a sus respectivos seguidores, lo que cortó la última liga entre Oriente y Occidente. Entre tanto, las guerras santas del Islam amenazaban a toda Europa. En Occidente, la invasión musulmana por España se detuvo en el año 732 en la ciudad francesa de Tours, pero los ejércitos islámicos no fueron arrojados por completo de España sino hasta 1492.

La Europa feudal era en buena medida un conjunto poco preciso de jerarquías sociales basadas en el servicio y la lealtad. En lo más bajo estaban los campesinos, que debían servicios al señor de las tierras. Éste, a su vez, juraba lealtad al noble local o regional, que podía ser vasallo de un rey, del emperador del Sacro Imperio Romano o el propio papa. Los verdaderos gobiernos nacionales estaban aún por aparecer, y la vida cotidiana estaba determinada sobre todo por las preocupaciones locales. El sistema romano de caminos había sido descuidado, de modo que la comunicación a largas distancias era muy difícil. El papado era la única fuente de autoridad que tenía posibilidades de convocar la obediencia de todos los estratos de la sociedad feudal. Las distinciones entre Iglesia y Estado, entre legislación civil y eclesiástica y entre religión y ciencia no eran evidentes.

Para el año 1000, la vida intelectual en Europa estaba aislada y perdía terreno. Casi todos los textos clásicos se habían perdido, y otros fueron censurados por la Iglesia puesto que se trataba de autores paganos. La vida cultural europea se reducía casi por completo a las expresiones religiosas de la música y las artes plásticas. Para esas mismas fechas, Europa era cristiana casi por completo. Todos los pueblos, desde Irlanda al poniente hasta Polonia y Lituania al este, desde Escandinavia al norte hasta el Mediterráneo, compartían la religión y la lealtad al papado. Aunque las disputas feudales continuarían, a veces muy graves, la era de las grandes devastaciones había terminado y la actividad intelectual retornó lentamente.

LAS CRUZADAS

En cierto sentido, las Cruzadas representan la cumbre del poder del cristianismo. Fueron ocho campañas militares y semimilitares de 1095 a 1291 para quitar el control de las Tierras Santas en el Cercano Oriente a los musulmanes. Aunque inútiles a largo plazo, las Cruzadas fueron una expresión de fervor cristiano. Pero desde otro punto de vista, pueden ser vistas como el comienzo del despertar de Europa occidental. Trajeron contactos y comercio con otras civilizaciones, y, más aún, estímulos de la vida intelectual islámica, cuyo saber había adelantado mucho más que en Europa. Los eruditos islámicos habían conservado a los maestros griegos; bajo el dominio musulmán, habían florecido las matemáticas, la arquitectura y la medicina. Estas nuevas ideas volvieron a Europa con los cruzados, junto con copias más completas de los escritores antiguos. Las Cruzadas comenzaron a sacudir a Europa de su provincialismo feudal, y facilitaron su vida política y el nacimiento de los Estados nacionales, y este movimiento ocurrió a expensas del papado.

Las Cruzadas fueron el producto de un cristianismo homogéneo que impregnaba todos los aspectos de la vida europea. Pero al mismo tiempo, fueron un síntoma de los grandes cambios que estaban a punto de suceder en Occidente. Primero, el papado tenía el suficiente poder como para reprobar los informes de persecución de cristianos por parte de los nuevos gobernantes turcos de Palestina, que habían remplazado a los relativamente tolerantes fatimitas egipcios. La primera Cruzada respaldó la indignación papal con una fuerza militar impresionante, pero los papas perdieron el control de

las campañas posteriores, de modo que el efecto final de las Cruzadas en el poder y el prestigio del papado fue negativo. Segundo, las Cruzadas llenaron el vacío creado por la debilidad del Imperio bizantino, que ya no era tan poderoso para mediar entre los turcos y Oriente Medio y los cristianos y la Europa occidental. Después de llegar a la cúspide de su poder y cultura con el emperador Justiniano, que dio su nombre a la revisión y codificación que hicieron del derecho romano, el Imperio bizantino se hundió en las discordias y reyertas intestinas y disminuyó su capacidad de gobierno. Por último, las ciudades estados de la península italiana, como Génova y Venecia, se desenvolvían como centros mercantiles y necesitaban extender sus mercados. Así, las Cruzadas fueron un catalizador que sacó a Europa del feudalismo y el letargo intelectual.

Como empresas militares y movimientos religiosos, las Cruzadas fueron un fracaso, pero lograron llevar a Europa Occidental a un periodo de mayor madurez en cuanto a consolidación y organización; en primer lugar, en virtud de que exigieron la formación de grandes ejércitos a escala internacional, promovieron la reestructuración de rivalidades de un nivel local a una identidad nacional. En segundo lugar, como abrieron la posibilidad de grandes intercambios comerciales, favorecieron el desarrollo de economías mercantiles. Finalmente, restablecieron la escolástica clásica de la antigüedad. Por fortuna, Europa occidental estaba preparada para superar el feudalismo y comenzar el resurgimiento de la vida intelectual.

Al comienzo del capítulo, observamos que los romanos heredaron los sistemas filosóficos y científicos griegos y concibieron los detalles de sus aplicaciones. Pero con la caída del Imperio romano en Occidente, los trabajos eruditos, incluido el estudio de la psicología, se detuvieron y retrocedieron. El carácter teocrático de la sociedad feudal, mezclaba religión, ciencias y psicología, al grado de que ésta última se reducía a la práctica del cristianismo. Esta pérdida de la psicología en la religión ocurrió a dos niveles. La disciplina se convirtió en parte de las doctrinas morales sobre la conducta que impartía la Iglesia, y quedó inmersa en la mitología de la práctica cristiana. En el primer nivel, las explicaciones psicológicas de cualquier acto debían adecuarse a los dogmas del cristianismo; por ejemplo, la sexualidad como actividad individual estaba regida por la procreación dentro del lazo matrimonial, y cualquier desviación era definida simplemente como equivocada y anormal. En el nivel de la práctica del cristianismo, la psicología se confundió con las supersticiones de un mitología ampliamente creída. Las enfermedades mentales y las desviaciones sociales eran consideradas como maldiciones o posesión demoniaca. Las formas de curar tales enfermedades no requerían de la comprensión y el estudio, sino que se trataban con la oración y la exposición a reliquias. La Edad Media fue en realidad una época de fe, y las ciencias, comprendida la psicología, estaban dormidas.

RESUMEN

La cultura romana adoptó la filosofía clásica griega, pero elaboró sus propios puntos de vista, como lo ilustran los estoicos y los epicúreos. Los estoicos sostenían la conserva-

dora imagen de la humanidad dominada por el destino. La adaptación de los seres humanos consistía en cooperar con el designio universal. Por su parte, para los epicúreos la felicidad consistía simplemente en buscar el placer y evitar el dolor. Plotino revivió las doctrinas platónicas, que dominaron la filosofía romana durante los primeros años del cristianismo. Tanto el celo misionero de los apóstoles como la apacible eficacia del gobierno romano contribuyeron a la rápida difusión del cristianismo. Las enseñanzas de Jesús y las interpretaciones del mensaje cristiano evolucionaron desde una base judía hasta fundamentarse en la filosofía griega. Además de los primeros padres de la Iglesia, fue san Agustín quien pudo imprimir un sello platónico a la teología. Con la caída del Imperio de Occidente, la vida intelectual de Europa prácticamente se suspendió, y sólo el movimiento monástico conservó algún recuerdo de las civilizaciones griega y romana. El papado asumió la dirección no sólo espiritual, sino también la administración civil, que culminó con el llamado a las Cruzadas. Para ese tiempo, Europa estaba relativamente tranquila, y la vida intelectual reinició su actividad. La exposición al legado cultural islámico revivió el interés europeo en las obras maestras de la civilización antigua. Un gran despertar intelectual estaba a punto de sacudir a Europa del nadir del feudalismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Agustín, san, *Basic writings of St. Augustine* (W. Oates, comp.), Nueva York, Random House, 1948.
- *City of God* (G. G. Walsh, D. B. Zema, G. Monahan y D. H. Honan, ed. y trad.), Nueva York, Image Books, 1958.
- *Confessions* (J. K. Ryan, ed. y trad.), Nueva York, Image Books, 1955.
- Copleston, F., *A history of philosophy, vol. II. Medieval Philosophy, Part I, Augustine to Bonaventure*, Nueva York, Image Books, 1961.
- Durant, W., *Caesar and Christ*, Nueva York, Simon and Schuster, 1944.
- *The age of faith*, Nueva York, Simon and Schuster, 1950.
- Mora, G., "Mind-body concepts in the Middle Ages: Part I. The classical background and the merging with the Judeo-Christian tradition in the early Middle Ages", en *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 14, 1978, pp. 344-361.
- Oates, W. (comp.), *The Stoic and Epicurean philosophers*, Nueva York, Random House, 1940.
- Pagels, E., *The Gnostic Gospels*, Nueva York, Random House, 1979.
- Winter, H. J. J., *Eastern science*, Londres, Murray, 1952.